

FÉLIX G. MODROÑO

S O M B R A S
D E A G U A

algaida



© Félix González Modroño, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-680-6
Depósito legal: SE. 1198-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A aquel niño de la margen izquierda del Nervión,
que nunca renunció a sus sueños*

NADA PUEDE VENCER A UNA MALDICIÓN AMPARADA en creencias divinas. Y la desaparición de una reliquia sagrada solo podía significar un futuro lleno de desgracias. Fernando de Zúñiga lo sabía bien, aunque su escepticismo le impedía compartir la zozobra que a buen seguro se apoderaría de los valencianos en cuanto se corriera la noticia por los mentideros de la ciudad.

El doctor Zúñiga se encontraba en Valencia adonde había llegado el día anterior procedente de Madrid, con el tiempo justo para participar en la celebración de la Epifanía de aquel recién iniciado 1684. Sin embargo, su estancia en la Cap i Casal no debía prolongarse más allá de las horas necesarias para terminar de avituallar el galeón que habría de llevarle con urgencia hasta la Serenísima República de Venecia con el fin de cumplir con la misión diplomática encomendada por la reina madre, doña Mariana de Austria.

Por eso torció el gesto cuando, paseando por la galería del Palacio del Real a la espera de que le recibiera el

virrey, vio cómo el carruaje del arzobispo cruzaba a toda velocidad bajo el portal mayor de la torre de los Ángeles, que marcaba la inconfundible silueta de la fortificación regia. A pesar de su escasa tolerancia a la impuntualidad, tenía que reconocer que perdonaría el ligero retraso de su anfitrión ya que no solía disfrutar de un sol capaz de salir victorioso en su duelo con el frío de las mañanas de invierno. Y mucho se temía que aquella visita iba a dar al traste con su sosiego, así que decidió anticiparse y regresar al contiguo salón que albergaba los retratos del casi medio centenar de virreyes anteriores al conde de Cifuentes quien, en ese preciso instante, hacía acto de presencia.

Los dos hombres se escrutaron con falso disimulo en busca de los estragos de la edad mientras se acercaban el uno al otro. Ambos vestían a la española, con jubón, ropilla, calzones y medias; si bien los tonos de la ropa del virrey de Valencia resultaban algo menos oscuros que los del doctor Zúñiga, el cual además se distinguía de aquel en la negrura de sus golillas caídas, en que jamás calzaba borceguíes sino botas y en que se había negado a adoptar la moda francesa de las pelucas. Por suerte, su encrespada cabellera negra, cada vez más canosa, le seguía acompañando.

—Es un placer tener en mi casa al mismísimo Fernando de Zúñiga —saludó sonriente el virrey, en tanto estrechaba la mano de su huésped.

—Su Ilustrísima es tan amable como siempre.

—Vamos, hombre. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Veinte años?

—Quizás más. Somos demasiado viejos. Yo estoy a punto de cumplir medio siglo.

—Entonces usa mi nombre de pila —le rogó, afablemente—. Estamos solos.

En efecto, la relación entre ambos se remontaba a su juventud cuando ya don Fernando de Zúñiga visitaba la corte madrileña, a la que don Pedro José de Silva acudía con la escasa frecuencia que le permitían sus quehaceres marinos en las costas del rey.

Sin llegar a ser amigos, sus encuentros nunca dejaron de ser cordiales.

—Te agradezco que nos hayas acogido, Pedro.

—Me hubiera enfadado de no haber sido así. Aquí hay sitio de sobra. Por algo le llaman a este sitio el palacio de las trescientas llaves. ¿Y tu asistente?

—Pelayo andará ultimando los preparativos para embarcar.

—Los galeones están listos para partir desde las playas de Villanueva del Mar.

—¿Has dicho galeones, en plural?

—No pensarías que ibas a viajar en uno solo. Con dos irás más protegido. Son barcos de la Armada Real que patrullan las costas italianas para vigilar posibles ataques de los gabachos.

—Tus tiempos como cuatralbo te han vuelto receloso —rió el doctor Zúñiga.

—Aquellos tiempos me enseñaron a amar el mar, sin dejar de desconfiar de cuanto lo habita.

—No te referirás a los monstruos marinos.

—Por supuesto.

—¿También temes a las sirenas? —preguntó jocosamente don Fernando.

—A las que más —respondió el virrey, siguiendo la broma.

—Pues espero que todas esas criaturas abismales no demoren nuestro viaje a Venecia.

—Preocúpate más por las de dos patas. Desde que expulsamos a los moriscos, las incursiones de los piratas en nuestras costas son menos frecuentes pero no han desaparecido. Aún se prende de vez en cuando la segunda fogata en las torres de vigilancia avisando de invasiones de berberiscos en busca de cristianos para vender como esclavos en Argel. En la torre de la catedral, todas las noches se enciende una falla para informar a la población de que no hay moros en la costa. Por fortuna, en nuestro Miguelete hace tiempo que no arde más que una. Lo que está claro es que en alta mar el riesgo es mayor. Podíais navegar bordeando el litoral, si bien eso alargaría el viaje varios días.

—Días que no tenemos.

—No quiero preocuparte en exceso. Embarcarán dos compañías de ciento veinticinco soldados cada una. Tendréis una travesía placentera.

—Eso espero, por el éxito de la misión.

—Supongo que no puedes decirme nada. En la carta que recibí de la reina madre pidiéndome que dispusiera con urgencia de los medios para facilitarte el viaje a la Serenísima, no comentaba las razones del mismo, aunque puedo imaginarlas.

—La prudencia siempre nos ha distinguido.

—Y a vos más que a nadie. Me gustaría seguir conversando a solas, pero el arzobispo quiere vernos. Ya nos estará esperando en el salón del Reloj.

El doctor Zúñiga asintió sin preguntar, tal vez porque adivinaba que aquella visita tendría mucho que ver con el extraño robo acaecido en la catedral durante la noche, noticia que don Fernando ya conocía por boca de Pelayo, atento a los cuchicheos de la servidumbre que desde el alba conjeturaba sobre los detalles confusos de la profanación.

Las sesenta varas de largo del salón resultaban excesivas para las pequeñas recepciones. Sin embargo, dado que a lo largo del último siglo apenas se habían prodigado las visitas regias, los virreyes buscaban darle algún uso a aquella estancia de imponentes muros de piedra y bóvedas de crucería elevadas a una altura de casi diez varas, en la que incluso se celebraban comedias de teatro.

Los haces de luz que se colaban por uno de los tres ventanales arqueados que daban al patio principal incidían en las sotanas del arzobispo y de su acompañante, de modo que parecían los protagonistas de uno de esos lienzos de Velázquez.

Al ver entrar al conde de Cifuentes y al doctor Zúñiga, el prelado aguardó sin moverse a que estos llegaran a su altura. Fue el virrey quien ejerció las presentaciones, al tiempo que ambos besaban el anillo pastoral de Juan Tomás de Rocabertí.

—Su Reverendísima, os presento a don Fernando de Zúñiga, vizconde del Castañar.

Aunque al doctor Zúñiga le agradaba que se supiera el título concedido por el rey en agradecimiento a los servicios prestados a la Corona, consideró que el virrey podía habérselo ahorrado en aquella ocasión.

—Es un honor saludaros, Su Reverendísima, ya que ayer no tuve ocasión de hacerlo en la catedral —correspondió don Fernando.

—Nos agrada tenerle en Valencia, vizconde. No sé si ha oído hablar del padre Tosca —comentó el arzobispo, presentando al joven enjuto de cara afilada que se mantenía en segundo plano.

—¿Es vuestra merced don Tomás Vicente Tosca? —preguntó el doctor Zúñiga, estrechándole la mano sin disimular un gesto afable de sorpresa—. No os imagináis el placer que me causa poner os rostro.

El joven sacerdote se mostró extrañado aunque halagado por que su nombre hubiera llegado a oídos de aquel hombre que provocaba admiración por donde quiera que fuese gracias a su perspicacia y a sus dotes deductivas. Si bien, al igual que el vizconde del Castañar, era doctor en medicina, no imaginaba que sus incipientes estudios sobre matemáticas, filosofía o arquitectura hubiesen traspasado las fronteras de su ciudad.

—El placer es todo mío, doctor Zúñiga —contestó el padre Tosca, esbozando una sonrisa tímida que acentuaba aún más sus demacrados pómulos.

—Supongo que vuestras mercedes tendrían mucho de qué hablar —interrumpió el arzobispo—. Lástima que tengo entendido que prevéis dejarnos pronto, vizconde.

—Así es. Debo embarcar enseguida rumbo a Venecia.

—¿Y no podéis retrasar el viaje unos días? —la pregunta del prelado sonó más a mandato que a ruego. No en vano, estaba acostumbrado a hacer valer sus órdenes, no solo como arzobispo sino como virrey de Valencia, cargo

que Rocabertí había ocupado provisionalmente en dos ocasiones.

—Nada me agradaría más, Su Reverendísima. Lo retrasaría con sumo gusto si no tuviera una misión urgente que cumplir.

—Yo también tengo una misión para vuestra merced —respondió el arzobispo, con voz seca.

El doctor Zúñiga sopesó su respuesta durante unos instantes. De ningún modo pretendía ser descortés; sin embargo, tenía que llegar a Venecia cuanto antes. Europa era un complicado tablero de ajedrez con las piezas descolocadas que, además, se veía amenazada por los turcos. Por fortuna, las tropas de Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Románico Germánico, acababan de frenar el empuje asiático en las mismas puertas de Viena. Y se hacía preciso aprovechar este momento de debilidad otomana para erradicar definitivamente sus ansias de conquistar Occidente. Para ello, el papa Inocencio XI proponía una alianza católica en la que resultaba decisiva la intervención de la flota de una Venecia reticente a emprender nuevas hostilidades.

—Lamento no poder daros más detalles del motivo de mi viaje, aunque vuestra célebre inteligencia os permitirá imaginarlo —comentó don Fernando, con su habitual tono apacible de voz.

—Supongo que tiene que ver con la guerra santa contra los infieles —conjeturó el arzobispo, tras una breve reflexión—. Entonces, entenderéis el porqué requiero vuestra ayuda. A estas alturas, ya sabréis que esta noche se ha perpetrado un robo en la catedral.

—Se comenta que ha desaparecido una reliquia —intervino el virrey.

—Así es. Pero no se trata de una reliquia cualquiera. Señores, alguien se ha llevado ni más ni menos que ¡el Santo Grial!

Zúñiga escuchó con estupor las palabras del arzobispo. La sustracción de la copa utilizada por Jesucristo en la última cena no era un asunto menor. Sin embargo, poco podía hacer. Sabía de la delicada salud del dogo y tenía que llegar a Venecia antes de que fuese demasiado tarde, por lo que ni siquiera el robo del Santo Cáliz constituía motivo suficiente para retrasar su partida orquestada para ese mismo día.

—Sin duda, es una desgracia, Su Reverendísima. Supongo que si estáis aquí es porque requerís mi ayuda.

—Cierto. Vuestras dotes como investigador son casi tan conocidas como vuestras artes diplomáticas —el prelado no cejaba en su empeño de disuadirle.

—No utilizo más que la intuición y el sentido común.

—Dicen que también la suerte os acompaña.

—Es posible. Aunque la suerte hay que buscarla —sonrió el doctor Zúñiga—. Estoy seguro de que el padre Tosca puede hacerlo mejor que yo. No solo tiene una capacidad analítica privilegiada sino que además conoce la ciudad. ¿Tenéis alguna sospecha?

—A pesar de que al cáliz original se le hayan añadido unas asas y un pie de oro, el ladrón no buscaba riquezas. Podía haberse llevado otros tesoros y, sin embargo, creemos que no falta nada más en la catedral —relató el joven sacerdote.

—Como católico debería preocuparos lo ocurrido. No quiero ni imaginar en las manos que puede caer —apuntó el arzobispo, rascándose la tonsura bajo su solideo morado.

—Y me preocupa. Lástima que tenga que abandonar Valencia hoy mismo. No obstante, prometo pensar en ello; incluso investigar a mi regreso si antes no lo habéis encontrado, si bien confío en que aparezca pronto.

—¿Os importa acompañarme a la catedral? —le rogó el padre Tosca—. No hemos querido tocar nada hasta que vuestra merced viera con sus propios ojos lo ocurrido. No os llevará mucho tiempo. Quizás entre los dos hallemos alguna pista.

El doctor Zúñiga se mordió el labio inferior al mirar la hora del enorme reloj que presidía el salón, pero no pudo negarse. Si se daban prisa, la expedición podría partir del puerto a primera hora de la tarde, tal y como estaba previsto.



FORTI DI
S. AUREO.

SACCA
DI
S. CHIARA

ISOLA DI
S. CHIARA

PUNTA DI
S. MARTA

PUNTA DI
S. BIASIO

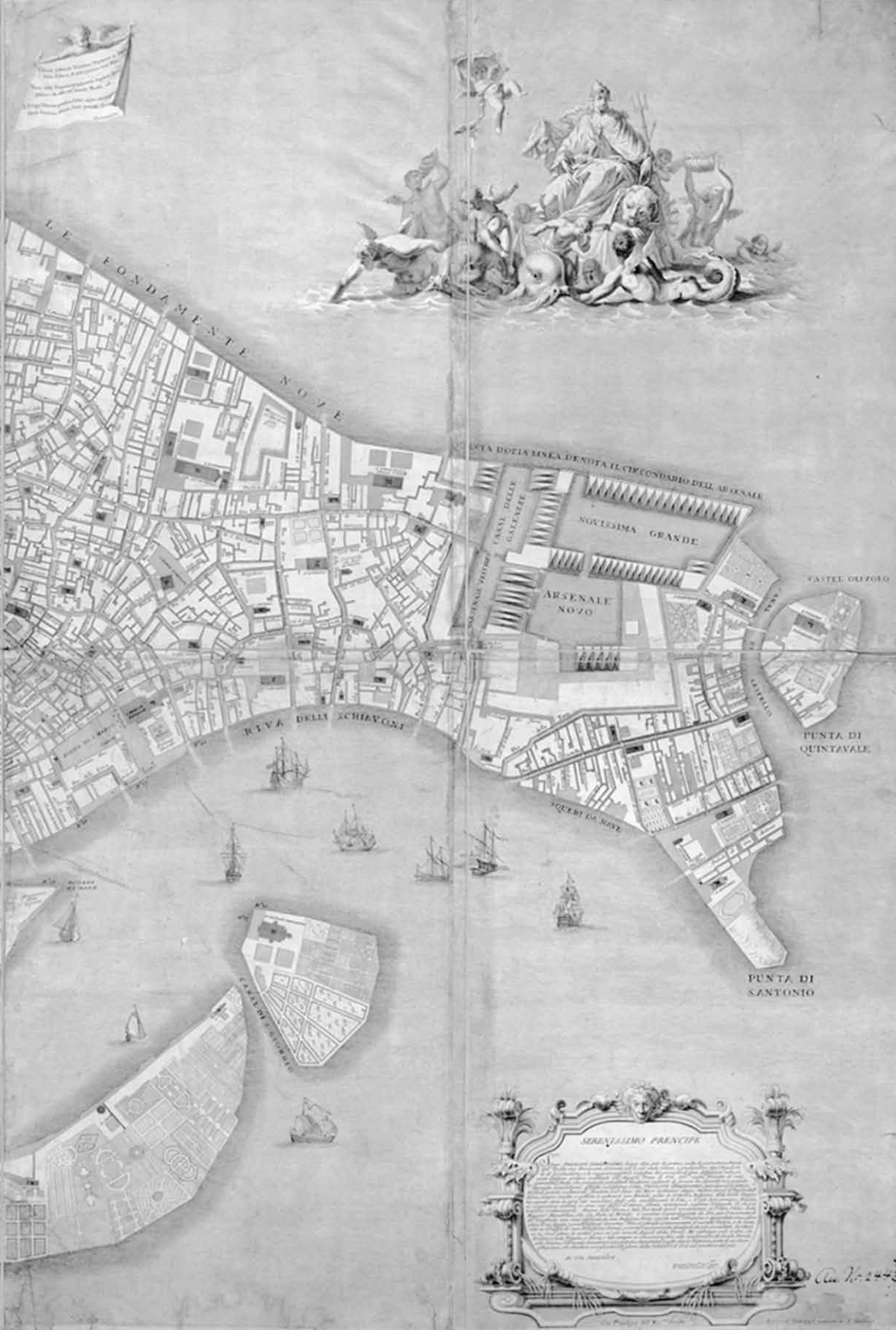
RIVA DELLE ZATTERE

CANAL
DELLA
GIUDECA

LAGO DI
S. PIETRO

SACCA
DELLA
S. MARGHERITA





Questo è il disegno dell'arsenale di Venezia, che fu fatto nel 1717, e che mostra la disposizione delle varie officine, e delle altre fabbriche, che sono in questo luogo. Il disegno è stato fatto per ordine del serenissimo principe, e per opera dell'architetto Francesco Maria della Porta.



SERENISSIMO PRINCIPALE
Questo è il disegno dell'arsenale di Venezia, che fu fatto nel 1717, e che mostra la disposizione delle varie officine, e delle altre fabbriche, che sono in questo luogo. Il disegno è stato fatto per ordine del serenissimo principe, e per opera dell'architetto Francesco Maria della Porta.
In Venezia
Per Francesco Maria della Porta

Ca. 1624